

LA JUVENTUD CATÓLICA.

Semanario Científico-Religioso

DE GRANADA.

BIBLIOTECA
Facultad de Teología
Compañía de Jesús
GRANADA

Año 1.º

Sábado 14 de Agosto de 1869.

Núm. 24.

SUMARIO. *Contestacion á una carta* (conclusion) por D. Francisco Diaz Carmona.—*Los tres lirios de San Gil* (conclusion) por D. Federico Antonio Sanchez de Galvez.—*Necrologia*.

CONTESTACION Á UNA CARTA.

(Conclusion).

« Mas todo esto fué hecho para que se cumpliese lo que habló el Señor por el Profeta: *He aquí la Virgen concebirá y parirá Hijo*. » (San Mateo, II, 22 y 23).

« Bienaventurado el vientre que te llevó; bienaventurados los pechos que te amamantaron. »

Pero qué más? ¿Nada significa ese cántico sublime del *Magnificat*, que supera en grandeza, elevacion y en sublimidad á todas las alabanzas más inspiradas que hayan salido jamás de boca de hombre?

Que ¡el Evangelio no da importancia á María! ¿cuándo ni cómo? Ella aparece en aquél interviniendo en los dos actos más solemnes de la vida de Jesús, y cooperando al Misterio de la Redencion. En la Encarnacion y en el Nacimiento de Jesús pa-

rece que el Evangelista pierde su natural concision para presentarnos la hermosa figura de aquella Virgen llena de pureza, de candor y de dulzura, y recibiendo como una Reina los homenajes de los ángeles y de los hombres. En la muerte nos recuerda que *juxta crucem erat Mater ejus*, y parece que forman estas sencillas palabras un poema de dolores por cada una de las cuales brotan torrentes de amargura.

Por otra parte, ¿de dónde proviene el culto católico de María sino del Evangelio? ¿En dónde sino en el Evangelio han tenido origen las fiestas con que conmemoramos su Anunciacion, su Visitacion, su Presentacion, sus Dolores y su Soledad?

Ante estas pruebas que presentamos, se nos ocurre una observacion: si los Apóstoles predicaron el mismo Evangelio que Jesús les enseñó, una de dos: ó ellos; por cuenta propia adicionaron en aquél las palabras que se refieren á María y tanto la glorifican; *en cuyo caso dieron gran importancia á la Señora*, ó para estamparlas se inspiraron en la predicacion de Jesús, y *entonces Éste no fué tan duro como parece* con su Madre. Escoja el señor aficionado lo que quiera en esta disyuntiva.

La carta á que contestamos es un tejido de errores y contradicciones. Véase sino la en que incurre su autor, al afirmar que los amigos de María han empezado muy tarde á rendirla culto, mientras que sus enemigos empezaron á combatirla desde muy temprano, sentando á renglon seguido que la Iglesia los ha rebatido y condenado en los Concilios, *confundiéndolos* por medio de la discusion y del libro.

Ahora bien, decimos nosotros; si la Iglesia ha rebatido y confundido una herejía en el instante que ha aparecido, en ese mismo instante ha tenido necesidad de definir el dogma atacado por aquella. Pero ¿con qué otro objeto define la Iglesia sino con el de proponer una verdad atacada á la creencia de los fieles? Resulta, pues, que siendo estos sumisos hijos suyos, no

pudieron menos de aceptar el dogma de la Encarnacion, *negado en el siglo I*, tal como la Iglesia lo definia. Y en tal caso, ¿cómo comprender que desde entonces, por lo menos, no rindieran un culto de amor y gratitud á Aquella, por medio de la cual habia venido al mundo el Redentor?

Esta observacion de simple buen sentido adquiere una fuerza irresistible cuando se ve corroborada por la Historia, por los escritos de los Padres de los primeros siglos y por la tradicion.

No solo los cristianos, sino los judíos nos han dado noticia del culto de la Santísima Virgen en los primeros siglos. «Una antigua tradicion consignada en sus Toldos, dice el P. Orsini, refiere que los fieles *que iban á orar al sepulcro de la Madre de Jesús*, sufrieron una persecucion violenta de parte de los príncipes de la Sinagoga.» El Cardenal Baronio atestigua que Calixto I hizo construir *en doscientos veinte y cuatro* una pequeña capilla en el cuartel más populoso de Roma y que esta capilla llevó el nombre de *Nuestra Señora más allá del Tiber*. Anterior á esta Iglesia es la de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza. En 323, despues del Concilio de Nicea, Constantino *dedicó* la capital de su imperio á la Virgen, y Santa Elena levantó tres santuarios á María en los Santos Lugares. Á esta época se remontan tambien la ereccion en Roma, por el Papa Liberio, de Santa María la Mayor, y la de Nuestra Señora bajo el nombre de *Libera nos á pænis*. Pero qué más? Lea el señor aficionado las actas del Concilio de Épheso, y sino se le enturbian los ojos, verá que San Cirilo dice en su discurso inaugural: «Os bendecimos todos, santa y misteriosa Trinidad, porque nos habeis reunido en *este templo de la Madre de Dios*.»

Ahora, si quiere convencerse más del culto y del amor que se profesaba á María en los tres primeros siglos de la Iglesia, lea primero á San Juan Evangelista en el Apocalipsis, cap. 12, y díganos luego que *ni* aún el discípulo habla una sola vez de María. Lea las obras de San Ignacio Mártir, San Justino, San Ireneo, Tertuliano, Clemente de Alejandría, Oríge-

nes, San Arquelao, San Gregorio de Neocesárea, San Justino y San Cipriano de Antioquía, San Cipriano de Cartago; eslabones magníficos de una cadena que enlaza los tiempos apostólicos con el Concilio de Épheso, y en las cuales las alabanzas á María exceden á toda ponderacion; lea la obra de San Epifanio contra los *mariólatras* (1), (es decir, contra los que pretendian rendir á María un culto de adoracion). Oiga lo que dice San Dionisio Areopagita, contemporáneo de la Virgen: «Si no hubiese sabido por la Fe que no hay más que un Dios, la hubiese adorado:» oiga el testimonio nada sospechoso de Juliano Apóstata, que apostrofa á los cristianos diciéndoles: «Vos Mariam deiparam vocare non cessatis;» busque los Evangelios apócrifos insertos en el Diccionario de los apócrifos del abate Migne, donde aparece el espíritu que animaba á los primeros fieles con respecto á María; lea las antiguas liturgias; y por último, examine las pinturas que el Caballero Rossi ha encontrado en las Catacumbas, esa especie de Pompeya cristiana donde parece que viven todavía los antiguos fieles, con sus costumbres, con su espíritu y con sus creencias.

Y si despues de todo nos dice que los cristianos de los primeros siglos tampoco mostraron una aficion particular ni extraordinaria á María, tendremos derecho para aplicarle aquellas palabras del Evangelio: «Tiene oidos y no oye, tiene ojos y no ve.» No basta, señor aficionado, leer las obras de los racionalistas modernos; es preciso compulsar antiguos testimonios para hacer afirmaciones tan gratuitas.

Una observacion nos sugiere el mismo autor de la carta, que no sabemos cómo la ha de resolver. Si el culto de María fue una demostracion de *odiosidad* al partido nestoriano, ¿en qué se fundaba esta odiosidad, una vez que Nestorio solo atacaba

(1) Algo mejor seria la aficion á María de lo que dice el señor aficionado, cuando fué preciso escribir para preservar á los fieles de un culto idolátrico hácia Ella.

directamente á María, y *los cristianos de los primeros siglos tampoco mostraron á Aquella una aficion particular ni extraordinaria?* Esto seria tan injustificado como el que nosotros nos irritáramos contra el que llamara sacrílegos é impíos á Lutero, Calvino, Zuinglio y comparsa.

Y antes de terminar esta materia diremos al señor aficionado: ¿qué título puede ostentar el Protestantismo para formar el proceso de la antigüedad del culto de María? ¿Acaso cuenta él tantos años? ¿qué derecho tiene á ello esa secta, nacida ayer de una apostasia, y devorada por la corrupcion antes de la muerte del apóstata que la engendró?

Y ahora, ante las pruebas magníficas que vienen por doquiera en apoyo del dogma cristiano, ante los documentos y las razones que justifican nuestras creencias, ante los argumentos que dejan completamente satisfecha la inteligencia, se atreverá todavía el autor de la carta, á asegurarnos que *un racionalista no puede serlo sino de buena fe?* Vamos á probarle que nó, y dispénsenos si alguna vez salta la risa á nuestros labios, porque hay cosas en su carta, que quitarian las penas hasta al mismo Demócrito, el hombre más lloron de los tiempos pasados y futuros.

El primer argumento que emplea es evidentemente falso.

«No se considera, dice, que haya un hombre que, creyendo verdadera la Religion cristiana, la niegue y trabaje por destruirla en sociedad.» Suprima el señor aficionado la partícula *no* y ha dicho una gran verdad: primero, *no es un absurdo* creer haya un hombre que incurra á sabiendas y temerariamente en la cólera de Dios cuya existencia confiesa; *porque este absurdo es un hecho*. Ejemplos: Voltaire, Diderot, D'Alambert, Baile y otros muchos que, creyendo en Dios, pretendieron destruirlo. El que supone el *absurdo* es el señor aficionado al indicar que pueden existir hombres que no crean en Dios. Segundo, porque la guerra impía y loca que ese hombre declare al Dios de los cristianos *ha de proporcionarle medros*.

personales, y porque el ateismo en nuestros días *conquista honores, mando y riquezas*. Ejemplos, Renan, Suñer y otros, que ni son Suñer ni Renan.

Si falso es el argumento que emplea el señor aficionado, no le va en zaga el que sigue. «Pero el católico, dice, no se halla en este caso. Suponiendo que este sea *ateo*, en el foro interno puede, sin embargo, hacer alarde de un catolicismo exagerado.» Dispénsenos el señor argumentante, si á causa de nuestra rudeza no vemos la profundidad de este raciocinio. Porque nosotros comprendemos que un católico, *á quien se supone ateo ó racionalista*, en el foro interno *no puede ser otra cosa más que un racionalista ó un ateo*, que en el foro externo se finge católico para engañar á los demás, y como el que tal hace es un *cinico* y un *farsante*, de aquí que un racionalista pueda serlo en alto grado. Pero sigamos adelante con la suposicion de un católico *ateo*, aunque esta calificacion sea contraria *al amor fraternal* recomendado por San Pedro, y á la *caridad* aconsejada por San Pablo, *en cuya doctrina se inspira* el anónimo aficionado. Ya está hecha la suposicion. Y bien, ¿qué? Siempre resultará que ese ateo que se finge católico, no sabe lo que se pesca, pues con fingirse tal, puede atraerse *insultos, calumnias* y otras no menos suaves insinuaciones. Díganlo los pobres católicos escarnecidos por más de un defensor de derechos inalienables, y *más si son sacerdotes*, y *más si son Obispos*. ¿Vale esto la pena de fingirse católicos?

En cambio, el que se presente descaradamente como ateísta, panteísta y racionalista, puede conseguir por ese medio honores y riquezas, por lo cual nada tiene de extraño que haya entre ellos *muchos engañadores, muchos cinicos* y *muchos farsantes*. Niegue esto el señor aficionado y niega la luz; niegue esto, y entonces, podremos apelar de él *embriagado* á él en *ayunas*, como no muy delicadamente dice al Sr. Arbolí.

Después de todo, no sabemos por qué le han chocado tanto

las palabras de séres *degradados* que aquél aplica á los racionalistas, y de *cínica* y *engañadora* con que califica la impiedad. ¿No dice él que se ha inspirado en la doctrina de San Pablo? Pues oiga algunas frases de éste, que ponen de ropa de Pascua á los falsos doctores: « Porque habrá hombres, dice, amadores de sí mismos, codiciosos, altivos, soberbios, blasfemos, desobedientes á sus padres, desagradecidos, malvados;

« Sin aficion, sin paz, calumniadores, incontinentes, crueles, sin benignidad;

« Traidores, protervos, orgullosos y amadores de placeres más que de Dios, etc. » (Timoth., ep. 2.^a, cap. 3.^o)

Oiga tambien á San Pedro, que dice: « Porque hablando palabras arrogantes de vanidad, atraen á los deseos impuros de la carne á los que poco antes habian huido de los que viven en error;

« Prometiéndoles libertad, siendo ellos mismos esclavos de la corrupcion; » (San Pedro, II, 2.^o).

¿Quién duda en vista de esto, que San Pedro y San Pablo faltaban tambien á la caridad, á pesar del consabido *amor fraternal*? Y ahora, perdónenos el señor aficionado, si nos ratificamos en la sospecha que habiamos concebido de que no se habia inspirado en las epístolas del Apóstol de las gentes, sino en alguna palabrilla suelta, cogida al vuelo en algun libraco protestante.

En último caso, si le parecia contrarias á la caridad tales palabras, en cambio supone *caritativamente* á los jóvenes católicos inspirados de un orgullo nada menos que *satánico*. Y váyase lo uno por lo otro, señor evangélico aficionado!

Antes de concluir no queremos dejar sin contestacion otra de las muchas cosas de grueso calibre que aparecen gravemente estampadas en la carta.

Asegúrase en ella que la caida de las grandes naciones no procede del abandono de los buenos principios que ellos han despreciado. ¡Enhorabuena! Pues pruébenos el señor aficionado-

do que el Protestantismo, el Racionalismo, el Ateismo ó el Socialismo y el Comunismo, que todos son iguales, pueden elevar á un grado altísimo la moralidad, la cultura y la prosperidad material de un pueblo; pruébenos que el Catolicismo no ha ejercido influencia alguna en la civilizacion y libertad del mundo; pruébenos que las *buenas leyes* necesarias para la prosperidad de las naciones son *completamente extrañas* al espíritu del Evangelio; pruébenos, en fin, que pueden cumplirse las *buenas leyes* por un pueblo que, abandonando el Evangelio, se arroja en brazos del materialismo más abyecto ó del racionalismo más impío. Pruébenos todo esto, y sí lo logra, le diremos que ha hecho, lo que vulgarmente se llama poner una pica en Flandes.

Funda el señor aficionado su aserto en el siguiente raciocinio: « Yo creo que las naciones, así como los individuos, nacen *para perecer*, luego todo los imperios morirían lo mismo con la idolatría, que con el Catolicismo. » Detengámonos aquí. Ni las naciones ni los individuos nacen *para perecer*. Esto parece indicar que Dios se entretiene en criarlos por el solo placer de destruirlos. Los pueblos y los hombres nacen para cumplir *un fin providencial*; la muerte que les sobreviene *no es el fin* á que han sido destinados; es un accidente que tiene el carácter de *necesidad* con relacion á su naturaleza finita, pero no con relacion al tiempo en que ha de ocurrir. De aquí que los pueblos puedan acelerarla por sus crímenes, de lo cual nos presenta más de un ejemplo la Sagrada Escritura; tales como el diluvio universal, las cinco ciudades de Pentápolis, las amenazas del profeta Jonás contra Nínive, y la destruccion de Jerusalem.

Tampoco nos parece exacto el paralelo que establece entre las naciones y los individuos, en el cual apoya su argumento. « Los pueblos sean buenos ó malos, dice, mueren, á la manera que el individuo muere, sea el que quiera el método de vida, y por más que se entreguen en cuerpo y alma al culto de María. » Distingamos:

Las naciones tienen su fin en la tierra. Los individuos, á menos que se niegue la inmortalidad del alma, tienen el término de sus aspiraciones en la otra vida: ¿dónde está, pues, la exactitud de este paralelo? Si admitimos, como no podemos menos de admitir, que el alma humana es inmortal, y que las naciones no lo son, que el hombre está destinado á otra vida y las naciones nó, hemos de convenir en que la misma muerte, que abre al hombre virtuoso las puertas de una existencia eterna, al caer sobre las naciones, las extermina y destruye. Más claro: la muerte no acaba con el hombre; con las naciones sí: la muerte no es para aquél una señal de castigo; para éstas sí, y de una manera inequívoca.

Pero aun admitiendo el paralelo del señor aficionado, ¿qué deduciremos de él? Si las naciones mueren *á la manera* de los individuos, han de recibir castigos ó recompensas como ellos; ¿en dónde? en la tierra, como aquellos en la otra vida.

Si no mueren á manera que los individuos, cae por su base el argumento y todo el raciocinio que en él se funda.

Y no nos traiga el señor aficionado como prueba histórica de su dicho el imperio de Carlo-Magno, porque podría hacer creer á algun envidioso de su buen talento que no ha estudiado bien esta época de la Historia.

¿Qué sucedió á la muerte de Carlo-Magno? Ni más ni menos que una division del imperio entre sus nietos; lo mismo sucedió á la muerte de Fernando I de Castilla, y á ninguno se le ha ocurrido decir que cayó el reino de éste. Nosotros entendemos que la muerte de las naciones se señala por un gran cataclismo que hunde por completo su vida intelectual, moral y material; muere entonces la literatura; las leyes caen en desuso; el sentimiento pátrio se aniquila, y un pueblo entero es reducido á esclavitud bajo el yugo de un conquistador poderoso. La historia romana nos da una exacta idea de la muerte de un imperio.

Ahora bien, ¿pasó por este estado el de Carlo-Magno á su

muerte? Nó; los dominios de éste eran formados de una agregacion de naciones que tenian su carácter, sus leyes y sus costumbres especiales. En esto diferenciábase del romano, que en los últimos tiempos estaba verdaderamente compacto: el idioma latino resonaba en todas las partes conocidas; las leyes de los emperadores eran llevadas á los extremos de la tierra, y las costumbres romanas dominaban lo mismo en el fondo del Asia que en el centro de las Galias, lo mismo en la postrada Atenas, que en la altiva é independiente España. La tierra era llana é igual, como dice Plutarco. La caida de este imperio fué, pues, la caida de una civilizacion entera. La del imperio de Carlo-Magno no lo fué. No hubo más que un cambio de condicion en las partes que lo constituian. Las que antes eran provincias, dejaron de serlo, para convertirse en reinos, pero sin preceder cataclismo alguno, sin amortiguarse en cosa alguna la vida política de aquella.

El hecho histórico que nos presenta el señor aficionado nada nos prueba por lo tanto. En cambio, nosotros podriamos presentarle otros sucesos que acreditan lo contrario. Podriamos citarle la Alemania, despues de la predicacion *evangélica* de Lutero, y la revolucion francesa, que fué ciertamente una de las *caidas* más peligrosas que ha dado la humanidad. Y una vez que compara á las naciones con los individuos, tampoco debe olvidar la *caida* de Adan, que nos dejó á todos cojos y hasta lisiados.

Concluyamos. Parécenos que al señor aficionado no agradó mucho lo de « la tierra vírgen que abre el surco no gastado para recibir ansiosa la semilla del Evangelio. » Y he aquí, dice, con cierto tonillo sentencioso: « Simplemente el Evangelio *acaso*: con la infalibilidad y supremacia del Papa lo *dudo*; con los Jesuitas *niego*. » ; Donosa ocurrencia esta ! ¿Por qué ha de meternos aquí á los pobres Jesuitas ? ¿Qué sabe él lo que son los Jesuitas ? ¿Qué persona medianamente instruida hace ya caso de las necedades de Sué, y de las paparruchas de Vol-

taire sobre la Compañía? Francamente, señor aficionado, al ver que niega la entrada del Evangelio en América con los Jesuitas, nos parece que no ha sido su fuerte el estudio de la Historia; al ver que la duda con la infalibilidad y supremacía del Papa, sospechamos que no podrá presentar muchas notas de *meritissimus* en su carrera de Teología.

Nosotros, quizás, con más razón podríamos decirle: Usted se promete ver el dominio de la libertad sobre la tierra: con la constitución francesa del 89, *muy dudoso*; con la autoridad y supremacía de los filosofistas, *muy difícil*; con las sociedades secretas *¡imposible!*

Creemos haber contestado la carta del señor aficionado. Ahora vamos á permitirnos dirigirle algunas palabras: su carta demuestra una bella inteligencia; ¿por qué la pone á disposición del error? ¿por qué se dedica á la lectura de obras frívolas é impías, que no tienen otro objeto que corromper el corazón y cubrir de nubes la inteligencia? ¿Por qué se entrega en brazos de un racionalismo falso, que quiere divorciarnos del Catolicismo, y ahogar en nuestro pecho las creencias que nuestras madres nos enseñaran? Vuelva en sí el autor de la carta. No esperamos convencerle con nuestras palabras. ¡Si él quisiera leer las obras católicas, nosotros le aseguramos que se convencería! ¡Brota de ellas tanta luz para la inteligencia, tan inefable dulzura para el corazón, que no pueden menos de atraer dulcemente al que de buena fe los lee! Oíganos esta vez el autor de la carta, y ponga en práctica nuestro consejo: ¿lo hará? ¿por qué nó, si la verdad es amable por sí misma? Nosotros, para concluir, solo nos vamos á permitir recordarle las profundas palabras de Bacon: «*Leves gustus in philosophia fortasse movere posse ad atheismum, sed pleniores haustus ad veritatem educere.*»

FRANCISCO DIAZ CARMONA.

LOS TRES LIRIOS DE SAN GIL.

SEGUNDO LIRIO.

Maria Virgen en el parto.

Lozanas, y emitiendo un olor de paraíso estaban las fragrantísimas flores que el cariño de los fieles primitivos, y la piedad de los Apóstoles pusiera sobre el sepulcro glorioso de la Virgen Santa en el árido valle de Josafat, cuando aparecieron los *Antidicomarianitas*.

San Agustín se ocupa de estos heresiarcas en su libro *De heresi.*, 84; San Jerónimo en Belén al calor religioso que aún allí se sentía, arrobado del olor de pureza que en Nazareth aún se aspiraba, y á la luz que le prestaba el Cenáculo escribió su excelente apologético de *Virginitate Deiparae*, contra Joviniano; y habla de éste y sus secuaces en su inimitable cántico primero sobre San Mateo.

El Concilio de Nicea nos puso en el símbolo estas palabras, que aún recitamos después de mil seiscientos años: *Natum ex Maria Virgine*.

Los Sínodos de Épheso, 5.º, 6.º y 7.º generales con el Lateranense bajo Martino segundo, confirmaron la general creencia de la Virginitad de la Señora en su divino parto, y mandaron á la memoria de los pueblos este apóstrofe que hoy recita la Iglesia en su divino Oficio. « ¡Oh Santa Virginitad! que llevaste en tu seno y nos diste el que no cabe en el cielo. »

El año 660 nuestro compatriota San Ildefonso refutó á Eladio y Pelagio que de la Galia gótica nos trajeron los errores contrarios á nuestro dogma vírgen, ya condenados en el Concilio décimo Toledano que presidió Eugenio III, en el reinado de Rescesvinto.

Como síntesis de tanta y tan unánime confesion se publica la Santidad triple de María en ese canto popular que enumera sus glorias, y se la dice con entusiasmo desde Loreto que vió su pureza virginal constante hasta los confines del mundo conocido: *Sancta Virgo virginum. Ora pro nobis.*

Como los hijos bastardos de la Madre Iglesia presumen ellos tener la verdadera fe, siendo así, que han roto la tradicion y nos calumnian diciendo que hemos inventado los dogmas y algunos Sacramentos, hemos querido colocar estas sanciones cristianas fulminadas contra sus padres.

Despues, y como ellos no admiten otra fuente de fe que la Escritura, ahora lo que procede es presentar algunos textos bíblicos que nos prueben el parto virginal de la Señora:

Para ello recordamos el dicho de San Juan « la letra mata, » por lo mismo no podemos tomar los lugares santos sino en su sentido anagógico que envuelve el núcleo de nuestra fe en el asunto que nos ocupa. Los textos bíblicos entrañan, contienen en su realidad misteriosa, miles de hechos, infinitos documentos en ellos ocultos que son el espíritu que los trasfiguran sin desnaturalizarlos; son como una encarnacion de verdades, de la misma naturaleza que la Encarnacion del Verbo, puesto que vienen á ser su misma irradiacion: de su letra puede decirse aquel dicho célebre de San Agustin, ocupándose de la carne de Cristo: « La carne fué el vaso que le contenia; pero nó lo que él era. »

Seria infiel á la Biblia, dice un autor moderno, y se engañaria indudablemente respecto de ella quien se atuviere á su letra, al vaso de los hechos, y no á su espíritu; y he aquí probada la necesidad de la interpretacion.

Sin este faro, ¡cuántas impiedades no podrian sostenerse!

Conociéndolo así nosotros, con la autoridad de la Iglesia católica, único Juez en este asunto, exhibiremos la Virginidad de nuestra Madre en su mismo divino alumbramiento.

La promesa hecha á Acáz, que citamos antes y es de Isaías,

no solo habla de «la Virgen que concebirá,» sino de la que siéndolo, «será vista fecunda;» al efecto usa este lenguaje: *Virgo concipiet, et pariet;* lo mismo se lee en San Mateo: *pariet Virgo*. Aproximados los tiempos, y como en contacto por la unidad del hecho, creemos que la invocacion del hijo de Amós, *oid, pues, casa de Jacob*, habla con los fieles de toda tribu, de toda lengua, y de toda edad para ver el signo dado por el Señor, la Virgen en el acto mismo de su admirable parto.

Aun cuando la humanidad entera, presa de una curiosidad angustiosa, cayera en la duda que su cariño hace entre inquieta y tranquila.... escucharía en su letargo este aviso de lo alto, que el ángel diera al *Justo* José, siendo ahora como fué entonces, todo el lleno de luz de la evidencia, «no temas venerarla.... recibirla.... Ella, la Madre de Dios, fecundizada por el Espíritu Santo, es Virgen en el mismo Belén....»

¿A quién puede extrañar este espectáculo si presume de discípulo de Jesús?

Nuevo Moisés, nuestro espíritu, está guardando el ganado de Jeltro el Investigador.... ejercitando sus facultades y sus capacidades.... apacentándolos en el valle de la ciencia, cuando ellos inquietos penetran en el desierto.... en el terreno árido de los Misterios, donde no es posible á la razon caminar sola.... y ve cómo ese primer término, la obra de Dios, *Opus tuum Domine*.... que en medio de los años divinos, y dando vida á la humanidad, sobrecogido de estupor vió y oyó el Profeta Habacub; examinó la gran vision.... el cielo y la tierra nuevos.... lo sobrenatural.... la zarza que arde y no se quema.... la Virgen que trasfunde una vida divina y se hace Madre.... toma al niño, lo envuelve en pañales y lo coloca en un pesebre para ser adorada con Él de reyes y pastores.... de sabios é ignorantes, porque ni Éste deja su divinidad ni Ella su integridad.

Sin duda, que esta vision debe producir el pasmo á nuestra

alma, y despues el sentimiento de investigacion que la aproxima al Monte de Dios, á la eminencia Suprema que la humildad elevó hasta servir de escabel á la Majestad, cuando Ésta la tocó con su dedo y ardió.... *tangit montes et fumigabunt*.... sale de María y Ésta queda Vírgen.... más claro, conserva su fuego, habiendo emitido el resplandor.

Ambos han herido nuestra conciencia de lo que se levanta este sègundo convencimiento que reviste la forma de otro lirio más.

María Virgen en el parto.

TERCER LIRIO.

María Virgen despues del parto.

Hemos llegado al último grado de nuestra induccion que el pueblo fiel condensó en este absoluto pensamiento:

María siempre Virgen.

Este es el aserto que intentamos sostener contra los racionalistas.

No vamos á usar argumentos que no les sean familiares.

Un último *antidicomarianita*, hoy ha proferido á la faz de Europa y de la España de Ildefonso y Recaredo, la añeja impiedad que rechaza hasta el sentido comun, y que nosotros hasta nos resistimos á escribir.

Preciso le es á la razon, bastardeada por su soberbia, acudir á lo viejo para medio ataviarse al salir á luz, en este siglo donde tanto se ha pretendido hacer sobre todos los ramos del humano saber.

No hay delirio que no haya muerto ya á los golpes de la razon fiel, y sepultado yazga en el eterno panteon de la execra-

cion pública; cuando lo resucitan, si vida puede tener la muerte, es un cadáver exhumado, cuyo aspecto engalanado lo hace estrafalario, y lo que adentro guarda ofende la vista... y al olfato.... y cuyos miasmas deletéreos hacen mefítico el aire, haciendo que se le esquivé.

¡Si al menos el Racionalismo hubiese inventado una doctrina nueva!

No se nos oscurece, que para estos últimos incrédulos poco valdria la Escritura que creerán un poema lleno de mythos y menos la tradicion conservada desde los Apóstoles por los Padres y Doctores de la Iglesia hasta nosotros; por lo que su gráfico argumento podrán formularlo de este modo.

—Jesús fué un gran filósofo, pero un puro hombre; nació como los demás; y la Virginidad perpétua de la Madre, no pasa de ser una ilusion de las exaltadas imaginaciones de sus fanáticos discípulos y adoradores.—Luego es absurda.

Se ve que al presentar tan desnuda esta sofística argumentacion que hemos escrito hasta con repugnancia, aceptamos la lucha en toda su intencionada latitud: ella parte de la negacion de la Divinidad de nuestro buen Jesús; pero entramos en la lid con la proteccion de *Aquella* que hizo violencia al cielo, y fué el martillo eterno de todo error; éste en sus flamantes formas siente en todo tiempo la enorme pesadumbre de la planta de María que su cabeza oprime.

Antes de Jesús, el hombre considerado como ser inteligente y libre, le faltaba mucho para conocer la verdad, y era débil en extremo para realizar sus más legítimas aspiraciones.

Nosce te ipsum, se escribió en el friso del pórtico, entrada al templo de Delfos: la humanidad sábia de entonces lo leyó... y solo conoció esta verdad que formuló Platon: *no estoy como debí ser criado*.

Ni las conquistas territoriales de Alejandro, de Darío y de otros; ni la gloria material de Roma y sus riquezas; ni el emporio del saber de Asia y Grecia añadieron un palmo á la es-

tatura pigmea del hombre, ni llenaron el gran vacío de su corazón.

Miles de apotheosis consagraron los antiguos pueblos para saciar á sus héroes que querian ser dioses. Los animales, los vicios y hasta los crímenes tuvieron altares. El lujo y el sibaritismo más refinado llevaron las artes tan lejos, como no han llegado aún; pero ni el hombre fué menos pobre, ni dejó de ser miópe en la ambiciosa vista de su inteligencia.

Sócrates, moria víctima de haber visto un poquito.....

Séneca, perecia á manos de Neron por haber confesado su esperanza en la venida del gran Mentor de la humanidad, que la enseñaria la moral y la virtud.

Era visto que el hombre miraba á su interior, y como que recordaba su origen, pero de un modo vago.... queria ser Dios, y como pretende mirar á través de vidrios ahumados, todo lo veia denso, opaco, oscuro por más que tropezase con divinidades ya nacidas de su lodo.... ya venidas de la India en el grotesco dogma de una emanacion transeunte.... cual hoy la tenemos en la inmanente de las escuelas filosóficas del Norte.

Este modo de hacerse Dios, no pudo saciar al hombre; y su repugnancia á ciertos actos externos, siendo ella instintiva, revelaba en estos la ausencia de virtudes.

¡Ah! era que una voz dolosa le habia dicho un dia, «serás como Dios,» y su eco venia oyéndose por la conciencia pública cuarenta siglos.

Cuando en *la casa del pan*, en Palestina, nació la gloria para Dios en la altura, y paz á los hombres en la tierra, todo de buena voluntad, fueron ellos divinos y verdaderamente libres.

El Niño de Belen se reveló á los hombres, y hasta se les dió en comida.... como los alimentos nos sostienen, *Él* elevó al alma haciéndola Deífera... dueña del vasto porvenir de lo alto, donde goza la verdadera libertad de Hija de Dios.

La doctrina, la vida, la muerte, la resurreccion visible del

Hijo del hombre, como su ascension al cielo en pleno dia delante de un número considerable de testigos, probó, que si habia tomado nuestra carne bajando Dios de la altura, subió por lo tanto como Dios-Hombre para quitar á éste la doble esclavitud de la ignorancia y del pecado. Entonces hubo suma esplendidez, por Jesús-Dios que nos dió por dones su cuerpo en comida; su gracia por vestido; su Deidad en luz; su paz en riqueza; su cielo en herencia; su fe por guía; su esperanza por apoyo, y su caridad por vida.

Así nos hizo sus hermanos, y los hijos de Dios, y los sábios en la felicidad.

Los hechos de diez y nueve siglos deponen en favor de esta verdad que hace de la tierra un cielo: ¿cuándo ha podido realizar esta abstraccion un hombre puro, por más intenso que sea su amor á la sabiduría? Aquí está el dedo divino....

—Luego Jesús es Dios.

Ahora bien: ¿qué dificultad ofrece la Virginidad perpétua de su Madre á los nuevos paganos, cuando más ó menos emblemática se palpa y se toca en las teogonías de los antiguos?

La humanidad ¿no debe mucho más á María Madre de Jesús-Hijo, que este pequeño obsequio que se la reclama, que ha educado á la mujer para que sea casta en sus estados, vírgen en su espíritu, noble en su ser á la altura del hombre?

No se nos oponga la fútil objeccion de *Los hermanos de Jesús*, porque moveria á risa, estando más que explicada hasta con nuestro lenguaje familiar: y porque el racionalismo que no admite la revelacion, seria muy poco noble usando armas para acometer, que él no estima fuertes para ser batido.

Si Dios tomó cuerpo, que fué el gran milagro; si despues lo demostró al mundo conversando con los hombres, que no es menos prodigioso; si, últimamente, sus tres grandes legados, *el libro, la doctrina y la institucion* cuya se conservan hace diez y nueve siglos ¿vamos á negar que fuese concebido, saliese á luz y conservase vírgen siempre á su Madre, querién-

dolo así como buen Hijo, y pudiéndolo como Omnipotente?

Si querer es poder entre nosotros pequeñuelos, ¿no lo será en la infinidad de Dios?

Solo resta ver si María ó José pudieron ir contra tanto privilegio.

María, de ningun modo: la mujer hebrea, siendo madre, habia llenado su deber y sus aspiraciones; luego no tenia necesidad, nacido, pues, Jesús-Dios, de hacerse otra vez fecunda. Y por otro deseo.... no creemos que el odio á la Religion lleve á algunos hasta manchar á la Señora, con lo que no admitirian en sus esposas, ni en sus hijas, ni en nuestras hermanas....

Únase á esto, que sabiendo el Sacramento obrado en Ella, garantida su integridad, en su diálogo con Gabriel, sus aspiraciones como mujer, y como doncella, y como buena, estaban satisfechas.— Luego permaneció Virgen siempre.

José, tampoco pudo atentar á la pureza de su Señora.

El conocimiento que hasta nosotros ha llegado de la Divinidad por Jesucristo, ha levantado en nosotros, y nacido primero el respeto que debemos á la Madre santa que le dió á luz; José, que le trató treinta años, bebió su doctrina, tocó de cerca aquella Deidad que él palpaba, y aspiró en la vida de la familia aquella pureza de su Esposa, que debió absorberle en adoracion inmensa, ¿presumiria poner sus ojos en el que fué Templo de tanta majestad?

El pueblo judío era piadoso hasta el fanatismo, de que más de una vez le reprendió Jesús-Dios; José, como el más *Justo* de los de Israel, respetó, sin duda, el Cuerpo santísimo de su Esposa, como el Altar de Jeovah.

Esta razon es tanto más fuerte, cuanto que el trato familiar con Jesús debió inspirarle el deseo de más unirse con Dios, por la fecundidad de la Fe, que es hija de la castidad, y causa de ese respeto y veneracion que se le tributa en la Iglesia católica, Templo vivo del Señor, segun este aserto de la Sabiduría:

Spadoni, donabitur donum fidei electum, et sors in Templo Dei áceptissima.

—Luego no conoció *íntimamente* á su Esposa, ni antes, ni despues del parto, ni jamás.— Luego Ella permaneció siempre Virgen.

EPÍLOGO.

Cuentan las crónicas de San Francisco, el Serafin de Asís, que habia un sábio profundo, que luchaba por hallar la razon del gran Misterio de la Virginidad perpétua de María en su fecundidad.

Presa de esta pesadilla, salió por el campo un cierto dia, y halló un ermitaño de blanca barba, penitente hábito y mirada angélica.

Al estar cerca del sábio, dijo el anacoreta, golpeando en el suelo, que era de arc...

— María Virgen, antes del parto ; y brotó un lirio....

— María Virgen, en el parto ; y hubo otro....

— María siempre Virgen ; y nacieron miles lirios.

No hizo, ni habló más el solitario Gil, y volvió la espalda.

El sábio curioso dobló la rodilla ante Dios, cogió los lirios, los besó, y llevó á su retiro, como el mejor libro de la perpétua Virginidad de la Señora.

Nosotros hemos estudiado en él, y dado á nuestro trabajo el título emblemático de

Los tres lirios de San Gil.

FEDERICO ANTONIO SANCHEZ DE GALVEZ.

NECROLOGÍA.

Tenemos el sentimiento de participar á nuestros lectores que el dia 12 del presente mes falleció nuestro apreciable amigo el malogrado jóven D. Francisco Acosta y Velasco, vicepresidente de *La Juventud Católica* de Albuñol. Rogamos á nuestros lectores y dignos consocios de toda España rueguen á Dios por el eterno descanso del que, intrépido adalid del Catolicismo en este mundo, rogará en el Cielo ante el trono del Altísimo por el éxito feliz de la santa causa que defendemos. (R. I. P.)